

NAVIDAD



EDICIONES del
INSTITUTO
PEPUANO de
BIBLIOGRAFIA

- 1.- PERULERIAS - Series
- 2.- NAVIDAD - Antología
- 3.- PAISAJE HUMANO
DE LA CALLE.
- 4.- ARTICULOS COSTUM-
BRISTAS - FELIPE
PARDO Y ALIAGA
- 5.- ARTICULOS COSTUM-
BRISTAS - MANUEL
ASCENCIO SEGURA

NAVIDAD

Antología



LIMA — PERU

Hecho el depósito de ejemplares que manda
la ley.

Derechos de Edición del Instituto Peruano
de Bibliografía.

Copyright by Instituto Peruano de
Bibliografía.

Casilla 2378

LIMA - PERU



Tercera Edición

Impreso en Perú — Printed in Peru

*N*avidad!

Alborozo de Nochebuena . . . Campanas y cascabeles . . . villancicos y tenadas . . . historias y cuentos breves . . .

El Dios Pequeño ha nacido—, ¡lo está diciendo una Madre!

Noche de Navidad.

Fé, tradición o esperanza en la tranquila y abrigada intimidad del hogar.

Manitas inocentes acariciando el juguete: el de celuloide, el de cartón o el de trapo.

Calor de madre y de niños!

...

Fiesta pascual de aguinaldos.

Todas las calles repletas de gran trajín y revuelo. Barullo de voces sueltas . . . , discorde compás de pisadas . . .

Y tantas caritas tristes con la mirada perdida. Botitas agujereadas y zapatitos vacíos...

Fiesta pascual de aguinaldo—, ¡el hombre la está reclamando!

Rumor disperso en las horas.

Los hombres siguen luchando.

...

Están creciendo los trigos.

Se está acercando la voz... Los brazos se harán más brazos y los caminos más anchos.

Las manos, manos amigas. No habrá huída en los pasos; y la palmada en el hombre será un saludo de paz.

Los niños —todos los niños— jugarán todas las rondas con sus palabras en flor.

El Dios Pequeño ha nacido—, ¡lo irán diciendo las madres!

Paz y Humanidad!

Madre, niño, hombre!

Navidad!

Edmundo Cornejo U.

ANTOLOGIA

Pág.

Abraham Valdelomar

Carta Pascual al Señor Jesús de Nazaret 9

Juan Parra del Riego

Noche Buena Mágica 15

José Eulogio Garrido

Mi «Nacimiento» 21

Canciones de Navidad —Las Pastoras 27

Enrique Bustamante y Ballivián

El Dios Niño 33

César Miró

Peripecia Anacrónica de los tres Reyes Magos 41

José Gálvez

La Navidad Limeña 47

Alejandro Romualdo Valle

Pascua personal 65

Hildebrando Castro Pozo

Las Pascuas de Papá Noel 67

Francisco del Castillo Andraca

A la adoración de los Reyes 77

Adán Felipe Mejía

Los Reyes Magos 83

Francisco Xandóval

Canción pueril de Noche Buena 91

CARTA PASCUAL
AL SEÑOR
JESUS DE NAZARET

por

ABRAHAM
VALDELOMAR

Dulce e inolvidable
compañero de mi infancia:

¿Tampoco tú me quieres, Señor?. Te has olvidado de nuestros días infantiles? Te has olvidado de aquellos dulces días cuando corretéabamos juntos, bajo los bosques de toñuces, entre los pródigos viñedos, en los maizales rumorosos, sobre los puentes de cal y canto, cerca a los lindes del lagar antiguo! Te has olvidado de cuando con tu negra cabellera encoçada, te me aparecías en aquellos tranquilos paisajes sombreados, desde los cuales se veía el alta muralla colonial, la a un tiempo grácil y severa portada, la escalinata donde lloraban lágrimas de sangre los ladrillos deleznable, y al fondo, tras de las ramas verdes que agitaba el viento perfumado de diciembre, la casona de blancos muros y negras puertas y cuadrados ventanales; e íbamos juntos con los pies desnudos, sobre los caminos espinosos, y todo sonreía a tu paso y las flores silvestres abrían sus capullos, y la brisa te traía el pólen balsamado y había en todo aquel amor inefable y aquella miel azul

de tus ojos divinos?. Yo te quería así como un hermano; tú me hablabas de un noble, sencillo, hondo e infantil lenguaje; yo te quería así como un hermano; tú me contabas tu vida, la humildad de tu nacimiento en la lejana aldea bethlemita; y así empecé a conocer yo la grandeza de tu espíritu divino, y a amar mi, como el tuyo, humilde nacimiento; y cuánta grandeza hay en la alegría de un hogar paupérrimo cuando lo más selecto de la naturaleza se hace flor en un niño elegido.

Después, Señor, nos separamos; tú fuiste a cumplir tu misión entre los hombres. Tu amor inmenso ha cubierto de flores la tierra. Tu vida ha sido, para mí, un perpetuo ejemplo, una segura guía, una ruta descampada y fija. Pero, Señor, en tu tiempo los hombres eran buenos y sencillos; el odio se cristalizaba en un acero, y la herida de tu pecho la hicieron los brazos y la lanza de un ciego. En tu tiempo, Señor, no había las flores del mal del pensamiento; los hombres no tenían aquella arma terrible y pavorosa que constituye el refinado y sutil estilete de la calumnia que sonríe; ni había periódicos, ni había literatos, ni había amigos de "todo corazón", esos amigos que se "sacrificarían por tí" de palabra y que te sacrifican luego a su interés menguado... A ninguno de cuantos judíos se confabularon contra tí se les ocurrió jamás discutir otra cosa que ésta: ¿es o no es hijo de Dios? ¡Si hubieras vivido ahora!...

Anoche, solo y triste; solo y triste con la ansiedad angustiosa de quien sabe que está solo; solo y triste con la tristeza amarga de quien sabe que va a morir solo; solo y triste con la soledad y la tristeza de quien es todo amor generoso y piadoso y comprensivo y perdonador; solo y triste con la soledad y la tristeza de quien comprende y perdona, he salido a buscarte, querido amigo de mi infancia aldeana; te he buscado entre la muchedumbre, pero ninguna cabeza lleva el nimbo de luz de tu cabeza pensativa; he ido a buscarte por barrios pobres, por barrios magníficos, en salones y tabernas; y he ido a los templos y en ninguna parte estabas! Me he detenido en una casa de juguetes y entre los que curioseaban ante la vitrina radiante había hombres, mujeres, soldados y cortesanas y una niña, una pobre, magra y pálida niña de diez años, casi desnuda de miseria, cuyos ojos húmedos contemplaban un lindo juguete. Y todos compraban en la tienda y las madres ricas ponían en manos de sus niños las encantadoras simulaciones ingeniosas; toda la fauna, desde el lobo hasta el cordero; toda la mecánica, desde el aeroplano hasta la carréta; iba a los brazos de los pequeños. La pobre niña no tenía sino unas lindas pupilas de dolor. Y tú estabas allí. Porque fuiste tú, estoy seguro de ello, el caballero que compró el lindo juguete y lo obsequió a la chiquilla.

Después te volví a encontrar cuando defendiste el honor de una mujer calumniada por un grupo de mi-

serables en la puerta del Palais Concert; y luego volví a sentirte, sentí tu voz, tu dulce voz incomparable, amorosa y reconfortante, cuando solo, sobre las carillas blancas, recordando otros días y esperando el consuelo de la verdadera vida que tanto se demora, brotaron dos lágrimas ardientes; oí tu voz que yo conozco tanto y que me dijo:

—Estás triste. Estás solo. No llores. Yo estoy contigo...



De: «Reconquista».— 1948

NOCHE BUENA
MAGICA

por

JUAN
PARRA
DEL RIEGO

Noche buena mágica! ¡Emoción! ¡Juguetes!
Calles populares vibrantes de amores,
largas estocadas de luz en los cohetes
que arriba son pájaros de alas de colores;
Mientras, jardinero
de su árbol sonoro
baja el campanero
por cada repique cien frutas de oro.
Pero yo al rotundo son de esas campanas
siento que despiértase el de otras lejanas
campanas dormidas en mi corazón;
y, entonces, me veo
de la mano de alguien que era mi recreo
hace ya quince años, por otro paseo
que hacía fantástico la iluminación.
Era en Lima, la áurea ciudad colonial...
Te acuerdas, oh, madre, de la noche-buena
tan sentimental?
Yo aún miro la cena,
los hilos de plata que el árbol llovía.
Dios era en la casa
el buen campanero de aquella alegría.

*A las doce pasa —
el rey Baltasar— decía tu voz.
Los hermanos se iban con la azul quimera,
pero yo esa noche sabía quien era,
ese galopante Rey Mago de Dios.
Más hoy estás lejos... tal vez subiendo una
cuesta que es cansancio, fatiga y tristeza,
blanca, blanca, blanca como si la luna
te hubiese besado, sobre la cabeza.
Me cierro los ojos por verte mejor.*

*Y, entonces, quisiera,
es tanto el dolor,
irme hasta tu lado de una gran carrera...*

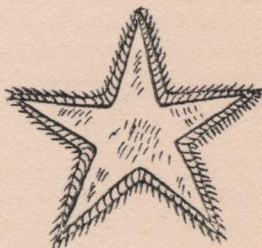
No sé como estás...

*Si eres abuelita de plata del cuento,
o la que madruga al repique vivaz
para oír con los pájaros misa de convento;
o, si todavía
desde la ventana que miraba al puerto
como cierto día
sigues la humareda de algún barco incierto.*

*Fué injusta la vida
te acuerdas?, tuvimos que irnos a luchar
todos los hermanos de esa despedida:
unos por la tierra y otros por el mar.*

*Pero espera... espera...
No en vano yo he roto desde la trinchera
recosida a tiros de mi corazón*

*la pólvora loca de mi primavera
(¡Mi canto es la flecha de un arco en tensión!
Por eso en la erguida
voluntad de mi alma sé que volveré;
y que entonces, madre, con toda mi vida
con toda mi sangre te defenderé.
Venceré la muerte,
conquistaré el oro,
y como la clara tarde en que me fuí,
joven, puro, fuerte,
por el mar sonoro
volveré cantando después hasta tí.*



De: "Comercio".—1952.

MI
"NACIMIENTO"

por

JOSE
EULOGIO
GARRIDO

Mamita! ¿no haces “nacimiento” este año?

Mi madre, atareada en amasar unas tortas de azúcar, no me contestó. Su rostro coloreado lo veo aún inclinado sobre la artesa.

—¡Mamita! ¿no haces “nacimiento” este año?

—¡Qué muchacho más fastidioso! ¡Anda, vé si se ha apagado el horno!

Corrí y volví.

—Está ardiendo, mamita!... Pero... dime ¿no haces “nacimiento”? Y abrazándola por la espalda la inmovilicé.

Ella, desasiéndose, replicó con voz zumbona:

—A ver si me traes achupayas y le prestas su San José a tu tía Santitos.

—Corriendito me voy!

Muy pronto encontré compañeros y con ellos pasé a la otra banda del río.

En las cuevas más bajas del Guitiligún cogí achupayas cenicientas y pencosas, achupayas plateadas y crespas, achupayas verdosas y lacias, achupayas moradas y musgosas, achupayas azules, lindas achupa-

yas azules con reflejos de azul de cielo; y también cogí yerbas de las peñas, “husos” de los que crecen a orilla del río, caracoles chiquititos y piedrecitas multicolores. Con todo esto volví a mi casa, cuando el cerro Pariacaca ya se iba poniendo oscuro y cuando en los corrales las gallinas se apretaban y cloqueaban para dormir. De paso le pedí a la tía Santitos su San José.

—¡Ha de ser cosa tuya, malcriado!

—No tía, si mi mamita mi a'mandau!

—Bueno, llévalo. ¡Como lo quiebres, ya verás lo que te pasa!

Mi mamita estaba inquieta.

—Pero, ¿dónde te has ido muchacho?

—¡No me mandú usted a que trajera achupayas!

—Te vas a salir con la tuya.

Eso de “salirme con la mía” se convirtió en un “nacimiento”, el nacimiento más fantástico que se haya hecho en el mundo y el más pobrecito también.

Y antes de que las campanas de la Iglesia llamaran a la misa del “Niño”, el nacimiento estaba terminado.

Sobre un baúl edificamos un cerro bien parado con una cueva en el centro; y le pusimos achupayas y más achupayas. Forramos la cueva con yerbecitas. Dentro de ella colocamos al Niño, a la Virgen y al San José de la tía Santitos, que apenas cupo con su sombrero alón y con su báculo. Un burrito

de palo y una mula de cartón adorando al niño. Pastores y pastoras subiendo por las laderas con carneritos y alforjas al hombro. Por un camino (una hoja seca de sauce) llegaban los Tres Reyes con sus coronas de latón y sus mantos brillantes. Por el abra de un cerro caía una cascada (hilos de plata arrancados a una casulla del Cura), la cascada formaba una laguna que brillaba tanto (un espejito); patitos de algodón querían beber en ella. Manadas de ovejas de lana trepaban los peñascos seguidos de un perro negro. Un cholito emponchado tocaba su flauta sobre una piedra. Una "yunta" arriada por otro cholito. Un "Yungano" con tantas alforjas y oliendo a pescado salado bajaba en su burro por el camino de Piura. Una cuadrilla de negros "Flanchiquios" subía danzando al son de un redoblante. Sobre el baúl muchas cosas bonitas: una corneta pintada de azul y amarillo, una casita de campo con su arbolito al pie, un payaso con su cara de bermeillon y su calzón interminable mitad verde y mitad colorado, una carretita, una mesita, una manzana de "mentiritas", una flor de cera, un caracol grande que mi mamita sacó de su "caja" y que sonaba tan bonito.

—¡Ya no falta nada, mamita!

—¡Cómo no va a faltar ¡Y el Angel!

—¡De veras!

Mi mamita sacó el ángel vestido de azul con alas de papel plateado, y, subiéndose sobre un ca-

jón, lo amarró en la punta del cerro. De abajo parecía que bajaba volando. Más arriba no se veía nada ya. Como era de noche y no había una luna siquiera.

—¡Ahora sí que ya está mamita!

—Todavía... ¿Y las velas?

Mi madre prendió una lamparita y cuatro velas de sebo.

—¿Y por qué no pones velas de cera, mamita?

Mi madre me abrazó. Tenía los ojos húmedos.

—Al Niño le gustan más éstas, hijito.

En ese momento repicaron las campanas de la Iglesia como locas y se oyeron los cantos de las “pallas” que bajaban de “El Alto” e iban a la misa del Niño:

“Vamos pastorcitas!

¡Vamos a Belén!

Que el Niño ha nacido
para nuestro bien!”.

Pasaron cantando al son de un arpa y de una “Caja”.

Mi madre me sacó cuando ya se perdían calle abajo.

Y la luna asomó su hoz de papel plateado sobre el lomo del Pariacaca.

De: «Carbunclos».

CANCIONES DE NAVIDAD

LAS PASTORAS

Sin ser originales, se cantan en la Provincia de Huancabamba —Piu-ra—, al compás de guitarra y arpa, por un grupo de pastorcitas (6 o 12) y 1 o 2 «chapetones» (pastorcitos), quienes después de cada estrofa ejecutan alegres y sencillas danzas.

I

Invitación. (Pastoras)

*Vamos las pastoras,
vamos a Belén
a adorar el Niño
para nuestro bien.*

(Pastor)

*Venid pastorcillos,
venid a adorar
al Rey de los cielos
que ha nacido ya.*

II

Encuentro. (Pastoras)

*Quien es ese niño
que canta en el coro,*

*el Niño Manuel
el dueño de la gloria.*

*Un rústico techo
abrigo le dá
por cuna un pesebre,
por templo un portal.*

*En lecho de paja
desnudito está
quien ve las estrellas
a sus pies brillar.*

*La Virgen lavaba,
San José tendía
los pobres pañales
que el Niño tenía.*

III

Salutación

*Niño Manuelito
qué haces en la cuna
con tu carita al sol
y los piececitos a la luna.*

*Felices pastoras
la dicha triunfó,*

*el cielo se rasga,
la vida nació.*

*Ya bajan las vacas
del monte Laurel
a darle las pascuas
al Niño Manuel.*

*Toquen, toquen, toquen,
toquen las campanas
que el Niño ha nacido
entre las montañas.*

*Toquen, toquen, toquen,
toquen los clarines,
que el Niño ha nacido
entre los jazmines.*

IV

Ofrenda

*Manuelito lindo
de la primavera,
toma esta florcita
por ser la primera.*

(Pastor)

*Yo como pastor
y humilde hortelano,*

*traigo mis ovejas
al Rey Soberano.*

(Pastoras)

*Pobrecita soy,
llena de humildad,
mediecito traigo
a su Magestad.*

(Pastor)

*Yo como pastor
traigo mis ovejas
unas trasquiladas
y otras sin orejas.*

V

D *espedita*

(Todos)

*Adios mi niño,
adiós mi Señor,
ya nos retiramos
con tu bendición.*

EL
DIOS NIÑO

por

ENRIQUE
BUSTAMANTE
Y BALLIVIAN

Era un infinito blanco sobre la llanura muerta, los lobos aullaban... Así, con visiones trágicas de nieve y de angustia, comienzan los cuentos de Navidad. Son cuentos sencillos de países distantes donde hay nieve sobre los campos y lobos aulladores que en hambrientos tropeles bajan de los montes a las aldeas campesinas, y roban a los corderos y a los niños más santos que los albos corderos pascuales.

Pero en mi ciudad la Pascua no es de nieve, es de sol y de verano, el cielo está diáfano y la alegría retoza en las cabecitas infantiles. Apenas si hay algo de serio en las reconstrucciones históricas de la Navidad. Se fabrican pesebres y se levantan montañas, para que nazca el Dios Niño, para que tras la celeste guiadora vayan los reyes magos: Melchor, Gaspar, Baltasar. ¡Oro, incienso y mirra!

Y aunque la Navidad no es la de mi niñez, cuando había para los niños un Nacimiento en cada barrio, y el Niño Dios de entonces tampoco es lo que

fuera para el alma fresca, el recuerdo torna hacia allá, se ven cabecitas rubias y parece oírse ingenuas preguntas de ayer:

—Quico, ¿cuántos años hace que nació el Niño Dios?

—Muchos.

Tomasito, con todos los dedos, abriendo y cerrando las mañecitas, cuenta, una, dos, tres, cuatro veces.

—¿Así?— dice.

—No; más, muchos más. Sigue contando. De pronto le viene una duda. Los niños también parecen dudar y les gusta buscar la verdad; no siempre creen que ella es sólo dominio de las personas mayores. Si hay una verdad de la razón y otra del sentimiento, si hay la verdad anciana, ¿por qué no ha de haber la verdad niña? Y él pregunta:

—Si hace tantos años que nació, ¿cómo todavía es niño?

—Porque es Dios —contesto, por decir algo.

—Y, ¿si yo no creciera, sería Dios? — continúa interrogando.

—Si eres bueno, casi serás un dios niño.

—Entonces el Niño Dios es un niño bueno. Un niño que no come con la mano, que no se ensucia, que siempre obedece y le da pan a los pobres.

—El Dios Niño dió aun más — le digo—, dió toda su vida, toda su alma. Todo. El se hizo caridad para los hombres, dulzura para los niños.

—¿Qué cosa es el alma?

—Todo lo bueno. Cuando rabias; cuando desobedece, es que tu alma se va. Es un ángel rubio, blanco, que te acompaña y está alegre cuando eres bueno y cuando eres malo se aleja llorando.

El niño se queda pensativo. Quien podrá saber las raras asociaciones que en su cerebro hacen las ideas. De pronto vuelve a preguntar:

—Y, ¿por qué nace todos los años el Niño Dios de que me hablas?

—Para dar juguetes a los niños, para que la Virgen lo tenga en brazos, y el buey y el asno lo adoren, para que tú le pongas trigos y los reyes magos vayan a él guiados por una estrella sobre los cerros de cartón cubiertos de musgo. En un caballo, el blanco; en un camello, el indio; el negro en un elefante. Así, siendo niño, los hombres le queremos por verle pequeño y débil, inocente y sonrosado, y él goza al ver que su niñez nos torna buenos, su humildad caritativos, su inocencia nos hace olvidar el mal.

—¿Por qué el Niño Dios, que es rico y en Nochebuena nos pone juguetes en los zapatos, no tiene una cuna bonita para el bebé?

—Ya te lo contaré, si no me preguntas más.

—¿Es un cuento muy bonito?

—Sí. Pero, ya estás preguntando.

—Cuenta, cuenta. Ya me callo.

Ante la voz que para el niño quiere ser dulce y evocadora, éste, apoyada la cara en ambas manitas,

los codos en las rodillas, mira con ojos curiosos y atentos.

—Cuando del cielo venía la cigüeña que traía al Dios Niño, unos hombres malos perseguían a la Virgen. Decían que iba a nacer el rey de los judíos y querían matarle y para ello perseguían a todos los niños, a los nacidos y a los que estaban por nacer. Iban de huída, la Virgen en un asno, San José al lado la acompañaba. Cuando llegó la cigüeña descansaban en un pesebre, era en Belén. Allí, sobre la paja, ante los ojos tranquilos del buey y del asno, la cigüeña lo dejó. Como era el Niño Dios, la cigüeña que lo trajo era el Espíritu Santo, es decir, no fué cigüeña sino paloma.

—Entonces, ¿cómo pudo con el Niño?

—Cosas de los santos. Bueno, y si sigues preguntando no te cuento.

—Al venir el Niño, se sintió que, como en el mar las olas, venían los perfumes hacia el pesebre; un coro de ángeles llegó cantando y un resplandor como de millones de luces anunció que el Dios Niño había nacido. Los pastorcillos con sus ovejas también llegaron. Ellos bien querían al Niño y creían en el milagro, porque las sencillas gentes del campo no saben dudar; y venían rápidos porque antes que a los reyes magos a ellos los guió la estrella del pastor.

Llegaron cantando:

Pastorcitos todos.

Vamos a Belén,

Que ha nacido un niño.

Para nuestro bien.

Pero los hombres malos seguían buscando al Niño. Querían matarlo y Dios, que consintió en que muriera el Dios Hombre, no quiso que la humana crueldad llegara a asesinarlo niño. La Virgen y San José, ocultándolo, siguieron la huída.

Después regresó. Era aún de tu tamaño y ya su sabiduría admiraba a los demás sabios. A todos los niños buenos los ángeles les enseñan las lecciones. En el templo discutía con los sacerdotes; en el taller de San José, carpintero, sus hábiles manos ayudaban al Santo.

Dicen que fué a la India, un país fabuloso, en donde un príncipe, hijo de reyes, dejó el lujo de la corte y el prestigio del poder para hacer el bien a los hombres, como el Niño Jesús del cielo por ellos vino.

Y, así como nació en un pesebre, no lo bautizaron en el templo, entre brillos y pompas y sonoras campanadas bautismales. En un río de aguas puras, bajo el azul inmenso, San Juan le dió el bautizo. Desde entonces su mano, su voz y su mirada fueron magnas ondas de frescura, de paz y de consuelo. Vivió entre pescadores, caminó sobre el mar, multiplicó los panes, resucitó a los muertos.

Más tarde los hombres le pusieron en la cruz, sus discípulos le negaron, y sólo mujeres tuvieron lágrimas para su hora postrera.

Y, como esto es tan doloroso y tan cruel, El todos los años viene niño todavía, a que lo veamos en su niñez, a que olvidemos nuestra crueldad, a que lo miremos ya hombre, como en la cruz, y sólo pensemos en el Dios Niño, en el Dios humilde que desde el pesebre nos mueve a la piedad, que nos hace verle como a todos los niños de rubias o morenas cabeceitas que tienen nuestro cariño.

Y viene a jugar con los niños en la Nochetucna, a darles juguetes y alegría y encantadores sueños a los niños que no tienen juguetes; porque la infancia siempre es divina y por la fé, la esperanza y la caridad, es hermana del Dios Niño.

—A ver, dime — interrogó— ¿por qué todos los años nace el Dios Niño en un pesebre?.

...y Tomasito estaba dormido.



De: «La Prensa». — 1944

PERIPECIA
ANACRONICA
DE LOS TRES
REYES MAGOS

por

CESAR
MIRO

Por la ojiva del seis salen los Reyes Magos,
los tres sabios de Oriente.

Por el gótico enero cruzan los Reyes Mansos;
se quedaron dormidos entre lagos de vidrio
junto a sus lomas verdes.

Se quedaron dormidos más de trescientas horas
los tres magos de Oriente.

Y llegaron barbados en estampas lejanas,
con turbantes hinchados;

y llegaron curvados con sus ojos de niebla
y su piel de gitanos.

Por detrás de la noche, se juntaron callados,
en camellos callados,

y cruzaron la tierra
con su brújula estrella,

con arenas y piedras

con séquito de lunas y talones de esclavos;

se asomaron asiáticos y eran tres Reyes Ganzos.

Por la ojiva del seis tres narices entraron

y ofrecieron sus mangas y sus mágicas manos;

y su barba en cascada derramó el viejo blanco;

y su cobre oxidado la otra cara del mago;

y su hocico y su noche desmontó el africano.

Bostezaron y dieron buenos días alegres

*y mugieron las vacas de trescientos retablos
y trescientos pesebres.*

*Por el gótico enero van los tres Reyes Altos
con sus bolsas de nueces y sus vinos añejos;
entre ríos y cerros van los tres Reyes Viejos.
Han llegado a la fiesta del asno y de la estrella
Teotocópuli grave con tripico y querella;
Quijote y Dulcinea, su Sancho y su doncella
y un circo endomingado de Cides y Ximenas;
y al Niño y a la oveja y al pastor de madera
y a la Virgen de yeso y al San José de greda
les cantaron relichos Rocinante y Babiaca.*

*Por el gótico enero y entre cofres arcaicos
ojitrabos y austeros, altaneros y largos
con sus báculos altos
van lo tres Reyes Vagos.*

*Rey Melchor veneciano de cerámica oscura;
cuero rubio de dátíl Baltasar su figura;
Rey Gaspar erudito de la Santa Escritura.
Reyes blancos y negros y dorados bermejós;
Davides, Constantinos de rostros lunarejos;
Salomones tranquilos con sus bombos cortejos.
Antropoides enanos sus eunucos gotosos;
bufones de resorte sus patriarcas jibosos,
los atletas peludos de torsos sudorosos.
Séquitos de cantores y adivinos idiotas
y pajes ajustados en calzones de sotas,*

*y caballeros tristes y rebaños de ilotas.
Van los tres Reyes Sanchos por sus meridionales
caminos encendidos de vientos tropicales
con sus ritmos antiguos y sus voces feudales.*

*Por el gótico enero pasa uno, el primero,
y el segundo, el tercero...*

*Pasan en sus caballos los Reyes Raros
y el que menos ya tiene dos mil cien años.
Rey de Azúcar y Queso, Rey de Tabaco;
Rey de Miel y Avellana, Gran Rey Macaco,
Rey de las Barbas de Humo, Rey Garabato;
Santa Claus, rey ligero número cuatro.*

*Desfilan con sus trompas y sus tambores,
saltan entre montañas de albos turrone;
Gabrieles emplumados de tornasoles;
y en los trigos crecidos en los cacharros
sombra aguada de pinos de verde estaño,
se sientan resoplando los Reyes Nabos.*

*Llegan de todas partes con sus consejas;
de todo tiempo vienen sus caras huecas;
proceden de lejanos circos planetas.*

*Y ahora, entré cartona luz de asteroide,
de turbias purpurinas y celuloides,
y ángeles de hojalata beatos negroides,
descansan narigudos y sofocados
con media lengua afuera del mismo lado,
palpitantes y mudos los Reyes Galgos.*

*Por la ojiva del seis gótico enero
asoma sus carbones Melchor el negro;
se ríe por cien bocas de helados dientes
y de sus dos narices parten dos trenes.
En su mano la copa y el oro líquido
para servirle al día su vino místico.
Y en idéntica copa y el mismo vino
su sotabarba moja Baltasar bizantino.
Trae en talega fuerte la guía-estrella
para pagar su entrada con tal moneda.
Y, mientras campesina de mano gruesa
ordeña a doble chorro las ubres blancas,
Gaspar extiende astuta su mano larga
y en la distancia
húmedas las harinas riega del alba.*

*En las arpas se trepan ángeles monos
que hacen rodar canciones partiendo cocos.
Se acuestan en la loma los campanarios
y levantan solemnes ojos y manos
entre cebada y trigo los Reyes Magros.
Por escalas de dedos corren los años;
en el aire se quedan presos los cantos
y se van pensativos los Reyes Vanos...*

De: "Nuevas voces para el viento".—1948.

LA NAVIDAD LIMEÑA

por

JOSE
GALVEZ

La pintoresca costumbre de los nacimientos en Lima antigua.— Repiques, sermones y ordenanzas.

La costumbre de celebrar el nacimiento de Cristo, tuvo en Lima características propias que van desapareciendo, quedando apenas débiles rezagos de los lontanos días de la “Nochebuena” castiza, de la novena de aguinaldo, de todo aquel encanto hogareño y pintoresco que el cosmopolitismo creciente va transformando, robando, así, a nuestras fiestas de Navidad sus matices peculiares.

Navidad.— Los concilios y las fiestas y repiques de Navidad.— Ordenanzas curiosas.

Puede afirmarse que desde que llegaron los españoles al Perú se inició el culto de la Navidad. Apenas fundada Lima, se alzaron en el mes de diciembre de 1535 los altarcitos para adorar el sagrado misterio del Nacimiento del Señor. En el capítulo 9°, acción 4ta. del Concilio que presidió Santo Toribio de Mogrovejo, se señalan las fiestas de guardar para indios y españoles, y entre ellas están con-

sideradas la Navidad y la Epifanía. Dato interesante es el que nos muestra que ya desde 1582 se prohibía a las mujeres que fuesen a las procesiones y ceremonias religiosas con los rostros cubiertos. Parece que antaño la preocupación era diferente a la de hoy, en que se predica afanosa y contundentemente todo lo contrario: antes para que las mujeres se destaparan, ahora para que se tapen.

En el archivo arzobispal he podido ver el libro que sobre los arzobispos y sus ordenanzas y sinodales escribió un famoso paisano mío, el canónigo Bernúdez, autor de una historia de Santa Rosa, y en aquel manuscrito de elegantes rasgos caligráficos, he leído en la "Consueta" de las ordenanzas de Santo Toribio, el capítulo titulado: "Quándo se ha de tañer y a qué hora". Allí dice textualmente: "A maitines se tañerá una hora y la Noche de Navidad se repicará con todas las campanas desde las once de la noche hasta las doce, con mucha solemnidad". Desde entonces las campanas se echaban a vuelo y el bullicio de las bronceínas lenguas de la ciudad naciente, anunciaba el regocijo de los fieles por el advenimiento del Niño Rey de Reyes.

En aquel mismo manuscrito consta que desde 1583 eran los padres franciscanos los que debían decir los sermones de Navidad y de la fiesta de los Reyes Magos. En los sinodales del arzobispo Lobo Guerrero también se alude a aquellas fiestas que obligaban en la ciudad y en el campo a indios y españoles. La de

la Navidad duraba en la Lima antigua tres días, de los cuales dos eran de guardar. Un viejo verso lo confirma:

Arre borriquito,
Vamos a Belén,
Que mañana es fiesta,
Pasado también.

En los primeros tiempos, sin embargo, nuestros antecesores no pudieron divertirse mucho, porque la vida no era tan fácil como lo fué después. Aquellas mesas colmadas, aquellas viandas sabrosas, aquellos vinos, aguardientes, horchatas y licores que tanta fama dieron al sibaritismo limeño, no pudieron ofrecerse desde los primeros días, aunque muy pronto después Lima, con su profusión de huertos y chacras, en las que prendieron los ricos brotes de los frutos que trajeron de España, pudiese poner escuelas al paladar. No en vano el padre Cobo habla en su Historia de la fundación de Lima de “los buenos bastimentos de la ciudad”.

Al principio, repito, las cosas no fueron tan fáciles. El vino se dió por vez primera en 1560, en una estancia llamada Marcahuasi, cerca del Cuzco, y el afortunado mortal que hizo de Noé entre nosotros fué un tal don Pedro de Cacalla, quien se ganó dos barras de plata de trescientos ducados cada una, que ofreció el Emperador Carlos V al primero que obtuviese en el Perú el confortante jugo. Era tan caro

el vino, que en 1554 no podía conseguirse una arroba sino pagando por ella trescientos y aún quinientos ducados, por lo que apenas podía usarse, con parsimonia, para darlo a los enfermos muy necesitados y para el servicio del culto.

Y si del vino pasamos al azúcar, veremos que ocurría otro tanto. El Cabildo de Lima, dictó en 1542, siendo alcaldes don Francisco de Godoy y don Francisco Rodríguez, una curiosa ordenanza por la que prohibía hacer confitura, "por ser regalo ajeno a la templanza". La amarga regla imponía cincuenta pesos de multa con decomiso de la confitura a los contraventores por la primera vez y destierro perpetuo, por la segunda, "por cuanto de hacerse confitura viene daño a la república y se hacen los hombres ociosos y vagabundos, que habiendo venido mucha azúcar para cosas necesarias y enfermos, la habían gastado en confituras". No fueron muy propicios para el desarrollo de la afición a las gollorias aquellos tiempos de tan seca templanza y, tal vez, en tanta prohibición y dificultad, escondióse el secreto de las tentaciones que hicieron de Lima una ciudad esencialmente mazamorrera y gulusmeadora.

Pero no se detuvieron allí las cosas. El segundo marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza, prohibió en 28 de julio de 1568 hacer y vender chicha de maíz cocido o remojado y fijó severos castigos para la ebriedad. Precisa aceptar entonces que las primeras fiestas de Navidad debieron ser muy

tristes ya que el vino era cosa de sacra regalía, la confitura costaba, como la política, un destierro, y la chicha que recibiera más tarde el nombre de "Orines del Niño", no podía hacerse. Pero prohibir ciertas cosas es como escribir en el mar. Poco tiempo después, no sólo había vino en abundancia, sino que se inventaba el aguardiente, la chicha se hacía de todas clases y colores y en cuanto a dulces, hasta las monjiles manos se encargaron en sus ocios divinos de enriquecer con sabrosísimas combinaciones la repostería limeña.

Valga, ya que de prohibiciones se trata, un aparte revelador de la fuerza que para sus caprichos tiene siempre la mujer. Prelados y virreyes se afanaron en que las mujeres no emplearan la coquetería misteriosa de los mantos y rebozos y estos duraron hasta la primera mitad del siglo XIX, desafiando penas y amenazas, entre las que no era pequeña la que les prohibió, cuando anduvieran cubiertas, que hablaran con los caballeros y ni aun les hicieran señas, con penas para el caballero de "pérdida de la espada y de la daga", lo que habría de dolerles mucho a ellos, por lo tremendo de la ofensa, y no menos a ellas, porque perder armas, era también no poder hacer ni siquiera una morisqueta, tanto más si se tiene en cuenta que eran maestras en las artes dolosas y donosas del sonreír y del mirar, como lo apunta una muy curiosa carta publicada en el antiguo "Mercurio Peruano", sobre los gestos de una

“tapada”, en la cual carta se afirma con la más circunspecta gravedad que las “tapadas” tenían “hasta veinticinco modos de reir y más de cuarenta de mirar”.

Los Nacimientos, las Novenas y Misas de Aguinaldo.

Parece que nos fuéramos desviando, por más que nos place escribir desordenadamente cuando se trata de evocar, ya que los recuerdos de cosas viejas tienen una pintoresca tiranía de venir a su gusto, sin aparente concierto. Decíamos que la costumbre de los Nacimientos debe ser muy vieja en Lima, porque muy antigua es en España, donde hasta el presente se conserva. Los llaman allá “Belenes” y de la coloreada confusión llena de anaeronismos y paradojas con que están hechos, debe venir la acepción de la frase “se armó un belén” para indicar que hubo lío, enredo y laberinto.

En Barcelona observé que en las tiendas llaman también “belenes” a los nacimientos; pero los catalanes usan, además, la palabra “pesebres” con la que se les conoce en Rosellón y Mallorca. En todos los tiempos se han dedicado a labrar y esculpir las figurillas típicas de los Nacimientos muy grandes artistas, entre los cuales uno de los más notables ha sido Amadeu, de quien se conserva un maravilloso “pesebre” en la parroquia de San Francisco de Pau-

la, de la ciudad condal. En Cataluña fué tal la afición, que entiendo que llegó a haber una sociedad de "pesebristas". En el Perú los admirables artistas anónimos de Huancayo y de Huamanga supieron hacer en trapo y en piedra admirables representaciones de típicas figuras indígenas y criollas.

La costumbre de cantar villancicos y bailar delante del altarcito del Nacimiento está revelada en el famoso proceso que siguió la Inquisición de Lima a esa mujer extraña, vesánica seguramente, que se llamó Angela Carranza. Entre las estravagancias místicas que relató, hay una sobre la noche de Navidad. Dijo que bailó en el portal de Belén y que el Señor "perecía de risa" al verla bailar. El padre Castillo, llamado "el ciego de la Merced", refiriéndose al celeberrimo orador Alonso Messía improvisó esta copla:

Cuando la virgen María
Al Niño Dios arrullaba,
la comunidad cantaba
y el padre Alonso... Mecía.

Ya en el siglo XVI se cantaban villancicos en Lima, que tan aficionada fué desde sus comienzos a los cantares, y a principios del siglo XVII se importaron los muy notables de Alvarez Gato, uno de los mejores copleros de la España del siglo XVI.

Fueron muchos los Nacimientos famosos en Lima. Los padres Beletmitas o Barbones que llegaron

en los días del conde de Lemos, tuvieron uno verdaderamente admirable en una quinta de las afueras, que en los días republicanos fué de propiedad del general Raygada. La esposa del general, doña Juana Oyarzábal y de la Canal, conservó la costumbre de hacer anualmente un Nacimiento que ocupaba todo un cuarto de la quinta. Notables fueron también los de las casas de Ejercicios, en las que se hacían las famosas novenas de aguinaldo, representándose lucidos entremeses la víspera de la Navidad.

Todo el mes de diciembre y parte del mes de enero, eran de fiesta en Lima. El 7 comenzaban las ceremonias en homenaje a la Purísima Concepción. El 13, día de Santa Lucía, se sembraban los "triguitos", indispensables en todo nacimiento; el 15 comenzaba la novena de aguinaldo, para la que en 1713 concedió indulgencias el arzobispo Escandón; el 24, 25 y 26 eran las festividades propias de la Navidad; el 28 se conmemoraba la degollación de los Santos Inocentes; el 1° de enero se celebraba la Circunscisión; el 5 se paseaba con gran solemnidad el Estandarte de la ciudad; el 6 era la gran fiesta de Reyes, con paseo de alcaldes y cabalgata a la Pampa de los Amancaes.

Las novenas y misas de aguinaldo eran de lo más pintoresco. En casi todos los hogares limeños se hacían y rezaban oraciones alusivas y se recitaban versos a la Virgen, a San José y al Niño. A San José se le decían coplas de este sabor:

Por mandato superior
Fuiste a Egipto "sin resuello",
Porque Herodes a degüello
Tocó con grande furor.

La misa de aguinaldo era animadísima. Los muchachos llevaban pitos, matracas, y en el templo lucían sus habilidades de fonética zoológica, imitando el canto del gallo, el rebuzno y el mugido. Hasta "zamacueca" se tocaba en aquella misa, bulliciosa y primitiva, mientras repicaban alocadamente las campanas y tronaban por todas partes los cohetones.

El 24 por la noche terminaba la novena en las casas y se descubría el Nacimiento, para lo que se invitaba a todas las relaciones familiares, comenzándose con oraciones y actos de contricción y terminándose al son del arpa o del clavecino, según la clase y proporciones de los dueños de casa, con los bailes, desde los más recatados y finos, hasta aquellos de los que se decía que "no eran como para estrados serios".

En la época de la República, los Nacimientos hogareños ganaron en rumbo y prestigio. En los últimos días coloniales había comenzado a iniciarse cierta vida nocturna. Los virreyes Amat, Guirior y Croix se preocuparon mucho del alumbrado, vigilancia y aseo de la ciudad, facilitando así la tertulia después de los clásicos toques del angelus y del "cubrefuego". Como las costumbres coloniales so-

brevivieron casi por entero, puede decirse hasta 1895, año que marca el comienzo de una evolución decisiva, no es muy lejano lo que se relata en esta crónica. Ocurrió con los Nacimientos lo que con tantas otras cosas. Se detuvieron en el tiempo con una lentitud muy grande y aunque hoy nos parecen muy remotas, sin embargo, a los que podemos recordar la vida de hace treinta años nos sorprende a cada paso hallar una perfecta consonancia entre lo que dicen los papeles antañones y lo que guarda nuestra propia memoria.

Como se armaba un Nacimiento.— Los padrinos de los Reyes.— Un poco de folklore.— Decadencia y transformación de costumbres.

Desde los primeros tiempos hubo especialistas en armar Nacimientos y con ellos nació una industria originalísima, obra de artistas anónimos y humildes que hacían con madera, piedra de Huamanga y trapo, figuritas netamente nacionales para los Nacimientos, que eran el conglomerado más pintoresco y sin orden que pueda darse. Un buen Nacimiento debía tener además del Misterio, o sea el portal con la Virgen, San José, el Niño, la mula y el buey, una serie de figuritas y de pasajes típicos; la Anunciación, los pastores, dos grupos de Reyes Magos, unos muy bien montados con un séquito a veces de llamas de oro y plata y otros, ya en la actitud de la ado-

ración; la casa de Pilatos y el Palacio de Herodes, la degollación de los Inocentes, la huída a Egipto, el sacrificio de Abraham, la disputa en el templo, el árbol del bien y del mal, el arca de Noé, el baño de Susana y en algunos hasta el pecaminoso atisbamiento de Betsabé por el rey de los Salmos; y junto con las figuras y escenas bíblicas, se mezclaban las más modernas figuras y los más genuinos tipos limeños: la jazminera, la tamalera, el aguador, el bizcochero, el panadero, el heladero, la planchadora con los pañales del Niño, toreros, indios vendedores, lagunas con patitos y hasta minúsculos ferrocarriles con cuerda.

Nacimientos lujosos hubo en Lima, en que se permitieron figurar escenas de acontecimientos notables ocurridos en Lima. Hubo uno muy antiguo con la entrada triunfal de Orbegoso a Lima, y quien estas líneas escribe alcanzó también a ver la escena de la entrada del caudillo Piérola. El ingenio travieso de limeños y limeñas llegó a caricaturizar a empingotados personajes. El general Vivanco figuró en no pocos, y hasta un comerciante Calzado, famoso por un alto sombrero plomo que solía usar, alcanzó cierta forma de inmortalidad, porque aún después de haber desaparecido del escenario de la vida continuó figurando con su gracioso indumento en los nacimientos limeños.

La literatura, el dibujo y hasta los títeres influyeron en tiempos de la república en los Nacimientos.

El poeta dramático y satírico, Manuel Ascencio Segura, el acuarelista Pancho Fierro y el titiritero “No Valdivieso” colaboraron muchas veces en estas obras de fin de año, que fueron no pocas veces animadas revistas, de lo que había ocurrido de más notable de enero a diciembre.

Casi todas esas cosas se han ido para no volver. Ya no hay la costumbre de pasear Nacimientos, como se paseaba los templos el día de Jueves Santo. En las casas grandes se invitaba a los amigos y relacionados para ver el Nacimiento y había baile, cena y diversión de lujo. En los hogares pobres las gentes sencillas recibían ese día a todo el que quisiera ver el Nacimiento y se ponía a la puerta un platillo para recibir las limosnas para los “Orines del niño” y después de las canciones, de los villancicos, de los bailes de las pallas —indios disfrazados abigarradamente—, se armaba con arpa y cajón una jarana de esas de “rompe y rasga” con Zamacueca, Agua de Nieve, Punto y don Mateo, tres bailes que se prestaban para decir aquello de:

Así de repicapunto
sacando lances al viento...

En los Nacimientos populares se divertía la gente desde el 24 de diciembre hasta el día de Reyes y se armaban jolgorios formidables en los que se bailaba desde el fandango colonial, ya muy modificado,

hasta las boleras y tiranas de tiempos muy remotos y después el Cascabelillo, el Maicillo, el Mis Mis, el Negrito, el Chocolatito, la Cachucha, el Valse de aguas, el Paso de la Sirenita, el Ondú intencionado, el Ondú floreado, la Polca raspada y la Polca de cajón, que así también llamóse a la zamacueca o “Moza-mala”, que el escritor Abelardo Gamarra, uno de los más grandes folkloristas que ha tenido el Perú, bautizó con el nombre de la “Marinera” que hasta hoy conserva. Vaya ésta relación de nuestro folklore coreográfico como contraste a los bailes de los hogares de copete, en los que se danzaban gavotas y minuets, contradanzas y paspiés, polcas y mazurcas, valeses y cuadrillas, no sin que de vez en vez se intercalase algún ondú, y al clarear, a golpe de cajón, las niñas, llenas de jazmines y claveles, tejiesen en la alfombra con la tácita gracia de sus pies diminutos los criollos arabescos de la “moza-mala”.

Eran los tiempos del buen aguardiente de uva, que producían Pisco y Locumba, y de las riquísimas chichas de maíz morado, de jora y de pan de Guatemala, en los que se brindaba en verso y los mozos se decían en rimados duelos dimes y directes intencionados e ingeniosos. De aquellos días es el verso:

Ven acá quitapesares,
alivio de mis congojas
nacido entre verdes hojas
y exprimido entre lagares.
Tú, que quitas los pesares

de aquel gran médico Baco,
dame la mano, que saco
para marchar viento en popa,
esta saludable copa
con que mis penas aplaco.

Este versecillo tiene una variante en el "Peralvillo y Sisebuto" de don Emilio Gutiérrez de Quintanilla:

Te pido que así me aclares
esta garganta y galillo
e inspires mi caletrillo,
por brindar a Florisenda,
sin remilgos ni fachenda,
emпинando este jarrillo.

Las fiestas de Navidad y de Reyes estaban de acuerdo con el dicho popular:

Los tres reyes del Oriente
Vino, chicha y aguardiente.

La jarana era de las gordas el día de la bajada de los Reyes, en que los padrinos, que eran nombrados con anticipación, obsequiaban algo para el nacimiento del diciembre por venir, o corrían con el gasto de la fiesta de los hogares pobres. El último día la zambra y el bullicio subían de punto y hasta

de contrapunto y en presencia del sagrado Misterio los mozos malos hacían de las suyas y había riñas y cuestiones por miraditas o sonrisitas de alguna mo-cita coquetuela, y salía a resonar aquello criolla-mente bravío de:

Los rincones para los gatos
y las esquinas para los guapos...

Y a la calle se iban los exaltados y menudeaban golpes y palabras gruesas hasta que la policía llegaba.

Todo esto ya no és. Apenas si en una u otra casa, de las muy conservadoras, se conserva un pálido trasunto de las viejas costumbres. Lima ha cambiado en treinta años de una manera prodigiosa. Antes las fiestas de Navidad y de Reyes eran de lo más coloreado y alborotador que cabe. Fuegos artificiales, repiques, jaranas y grandes bailes y cenas criollas. Ya no son los Reyes barbados y solemnes los que traen juguetes a los niños. Ya no el Rey blanco, el Rey cholo y el Rey negro; ahora son Santa Claus o papá Noel. Ya no la cena con tamales, empanadas, dulces de convento, chicha morada y aguardiente de pura uva. Ahora el reveillon con mampaña. Antes el ondú o el paspié cincunflejo. Ahora el fox, el tango, el jazz.

Es verdad que lo distante envuelve en halos de poesía todas las cosas y que no hay nada tan mag-

nificador como el recuerdo que lima y pule todo lo ingrato en el ayer; pero, de todos modos, debemos convenir en que los cronistas de mañana encontrarán menos personalidad en los recuerdos de este prosaico presente tan extranjerizado y descolorido. El cronista del futuro no hallará en el hoy un tan rico venero de folklore netamente limeño, como ha sido el de ayer; aunque tal vez encuentre poesía también en estas cosas que yo con nostalgia me complazco en rememorar de cuando en cuando...



De: «Almanaque Peruano».— 1930

PASCUA PERSONAL

Amo la Navidad y sus zapatos llenos de inocencia,
el nacimiento que hiciera, adoradora,
la mano de mi madre,
el fervoroso pino, luminoso de ángeles
y el santo pan de dulce.

Amo la noche que nos devuelve celestes alfabetos
y nos hace pequeños serafines con bonete.

Pidiera yo esta noche, como tantas,
algo que me hace falta, que he pedido
desde el día en que bajamos la mirada.

Amo la Navidad porque renazco,
me unjo cuarto rey
y voy camino del Belén que busco.

ALEJANDRO
ROMUÁLDO
VALLE

De: «La Prensa».— 1950

LAS PASCUAS
DE PAPA NOEL

por

HILDEBRANDO
CASTRO POZO

I

Llamaron. La merienda estaba servida; y, cuando los pequeños comensales miedosamente fueron llegando a sentarse al rededor de la mesa, ya mamá Sabina y papá Juan, la blanca servilleta prendida al pecho, disponíanse a tomar la sopa.

—A su sitio niños, cada cual a su sitio, y ponerse la servilleta para que no se manchen. A ver, mira tu Conce, ayúdale a ponerse la servilleta al niño Pepe.

—Ya me la sabo poner yo, mamacita.

—Y yo también, sin hacerle ñudazo, así, metiéndomela entre el cuello...

—Jesús! Será para que con ella te seques el sudor... Bonita tu servilleta!; contestóle Carmela, una vivaracha perinola, a su hermano Antenor, con quien siempre andaba riñendo.

El papá, limpiándose los bigotes miróla muy serio y hablóle amablemente.

—Si tu hermanito no sabe ponerse la serville-

ta, tú que eres ya grandecita, estás obligada a enseñarlo.

Calló la charla; el ruido del cuchareo retintió monótono. Conce fué y volvió retirando los platos; la luz llenaba de claridad auroral la blanca estancia y los cristales del aparador reflejándola, parecían florecer plateadas estrellas.

—Oye papito, interrogó Carmela; y quién es ese papá Noel, que dicen las niñas de mi colegio que la noche buena viene donde los bebecitos que se han portado bien y les trae juguetes?

—Ese no es Noel, dijo Antenor, ¿verdad papacito? El Niño es quien pone los juguetes.

—El niño Dios, que la noche de Navidad, hace muchos años, nació en un pesebre, como un pobrecito cualquiera, contestó doña Sabina, y también papá Noel. Ambos ponen los juguetes.

—Pero tú no me has dicho antes eso, mamacita, sino que era el Niño quien ponía entre los zapatitos los juguetes.

—Me he olvidado.

—¿Y quien te ha dicho eso?

—Las niñas de mi Colegio...

—Pesh!, exclamó don Juan, chupando deieitosamente un cigarro. Esas son costumbres antiguas, tradicionales...

—Que es hermoso que los niños no las olviden y los papacitos buenos sepan conservarlas. La ilusión, aun cuando sólo sea en la niñez, debe cultivarse, Juan.

—Si no es malo.

—Y quién es, pues, ese papá Noel, papacito?

—Pues ya verán; me ha contado tu mamacita que Papá Noel es un Rey de Oriente; un rey mago que también vino guiado por la famosa estrella. Vino, digo, con el propósito de adorar y quemar incienso al Niño Dios que había nacido en Betlem, la noche del 24 de diciembre; pero que, habiéndosele cansado en el desierto el camello que montaba, no pudo llegar a tiempo, pues cuando reemplazó su cabalgadura el Niño ya había emprendido viaje, huyendo de la persecución de Herodes. Por lo que el Rey o Papá Noel de entonces comenzó a recorrer el mundo a fin de cumplir el propósito que se ha hecho, de llegar a las casas en donde hay niños, la noche del 24 de diciembre, y, en conmemoración del Niñodios que no vió, obsequiar con juguetes a los pequeñuelos a quienes visita.

—Y qué viejo estará, no papacito?

—Ya lo creo, como que tiene mucho más de veinte siglos.

—Pero oye papacito; Laura, la niñita esa de quien te hablé, hoy me ha porfiado como una hora, asegurándome que Papá Noel y el Niñodios no son los que ponen los juguetes, sino los padres de uno: tú o mamacita.

—Qué disparate, exclamó doña Sabina.

—¿No es verdad papacito?

Don Juan dió una más fuerte chupada a su cigarro y arrojó, sonriente, una enorme bocanada de

humo blanquiseo que ascendió en torbellino hacia las bombas de la araña, que ardían como gigantes-cos aromos de dorado corazón.

—No es verdad; eso no puede ser así; la cuestión es que las niñas, a esta edad, ya quieren saber más que las personas mayores.

—Yo así se lo he dicho; pero Laura se empeña en asegurarme que ella ha visto a su papá poniéndole juguetes dentro del calzado.

—Es posible. Sin duda es una niña que sabe demasiado para su edad y por eso el niño se olvidó o no quiso darle ni un muñeco.

—Aunque, como dice la Madre, sentenció doña Sabina, papá Noel puede tomar la forma de los padres.

—Deveras, no mamacita?

Don Juan continuaba fumando y como percibiendo las formas de una visión angelical entre la humareda. Doña Sabina ordenó:

—A ver, ya acabaron? Hay que agradecer a Dios por habernos dado de comer.

Arrodiláronse los niños en sus asientos, piegaron sus manitas sobre el pecho y de sus labios elevóse la oración.

“Bendito y alabado sea el Señor, que nos ha dado de comer y nos ha dejado llegar a esta hora, sin merecerlo...”

Don Juan, después de lavarse las manos enjugóselas despaciosamente y salió del comedor. Los niños aún mumuraban el “Bendito”.

II

Noche de Navidad, obscurecida y ventosa. Los alazos del viento se rasgaban en el enzinchado moginete de la casa; de vez en vez los cohetejillos y petardos atronaban el espacio sordamente; arpegios de guitarras y cantares serenateros, matracas, pitos y repiqueteos de argentinas campanas anunciaban el nacimiento del Niñodios.

En la amplia sala de mueblería tapizada de rojo, adornadas las paredes con algunos cuadros y dos chineros con retratos y algo tras preciosas chucherías, don Juan y doña Sabina leían los periódicos y revistas venidos en el último correo. Por el ancho ventanal de hacia la calle penetraba a la estancia el bullicio y la algazara nochebueneros. Un pianito ambulante desafinaba en la vecina calle un tango bulanguero. Explosionó una camaretá. Doña Sabina se levantó.

—Son las doce, dijo, y están “llamando”; quieres Juan que vayamos a la “Misa del Gallo”?

—No, hijita, esas son cosas de muchachos, mejor es que durmamos.

—Cómo! y no esperas a que el Niñodios ponga a tus hijos los juguetes que debe haberles traído?

—Aún no les ha puesto?

—No; se han acostado desde las seis de la tarde, pero hasta hace poco Carmelita estaba despierta, pues me parece que se ha propuesto ver esta noche al Niño o Papá Noel cuando esté en la operación de llenarle los zapatos de juguetes.

—Tiene razón; de la verdad hay que conven-
cerse y no creerla a puerta cerrada.

—Tú también tienes la culpa de que la ñaña es-
té así. Ya te he dicho que en la familia es tradi-
cional la costumbre de que Papá Noel ponga jue-
gues, y a mí me ha puesto hasta la edad de catorce
años.

—Ya hemos hablado largo acerca de ello y no
conviene que volvamos a reanudar aquella discu-
sión.

—Vamos a ver a los ñaños.

—Vamos.

En la pequeña estancia, llena de luz y con las
cujitas, velador y lavatorio de los ñaños, estos char-
laban alegremente. En la cabecera de cada cama,
lustroso y bien cuidado, brillaba sobre una silla el
calzado de los pequeñuelos. Carmela sostenía la con-
versación.

—Bueno niñitos a dormir, ya es hora de dor-
mir, díjoles doña Sabina, y les apagó la luz.

A poco rato cesó la conversación y los varonci-
tos quedáronse dormidos; sólo Carmela, desvelada por
la curiosidad, debatíase en el lecho, presa de angus-
tiosa nerviosidad.

—Si sigues así, le había dicho su madre, todo lo
vas a perder; porque no es posible que seas tan cu-
riosa ni que la malicia te haya hecho tanto daño en
el corazón. Yo creo que al paso que vas, este año
el Niño o Papá Noel no te van a obsequiar juguetes.

—Sí, ya es tarde; debes de dormir niñita, agregó el papá.

Pero, sea que Carmelita hubiese querido conocer al Niño o sorprender a papá Noel poniéndole juguetes, o sea también que quería convencerse del papel que sus padres desempeñaban en aquel acto, lo cierto es que habíase terminado la Misa de Gallo, reventado el castillo y hasta la misma algazara de la calle comenzaba a menguar y, sin embargo, la pequeña Carmela continuaba despierta, desvelada, sentándose sigilosamente al menor ruido, tanteando en la obscuridad los vacíos zapatos, signo de que aún no había pasado por la calle de su casa ni el Niño, ni papá Noel.

Y en el reloj vecino dieron las dos de la mañana y don Juan impaciente, consultó el suyo.

—Cáspita! y la pequeña aún no se duerme y quizá si el Niño la va a dejar sin juguetes.

Salió la madre a dar las últimas disposiciones. Toda la servidumbre dormía.

La pequeña Carmela era la única que velaba.

Al acercarse doña Sabina para ver si se había puesto su ropa de noche, miróla abrir los ojos e incorporarse en la cama cuando salía.

Ladró el perro en el patio; alguien pasó templando una guitarra; una explosión de coheteillos alborozó el espacio bullangueramente.

Dieron las tres y media en el reloj público.

Doña Sabina, de la puerta de la sala oteaba entre la negra obscuridad del patiecito una sombra.

cautelosa y como encorvada que, pegándose a la pared, dirigiase hacia el cuarto de los bebés.

Contemplóla gozosa y saboreó en el fondo de su corazón la dulce alegría de sus hijos. A poco vióla salir y, rengueando siempre, perderse allá en el extremo opuesto, entre la fronda de los maceteros.

Cuando al rayar el alba Carmela, Antenor y Pepe despertaron y vieron sus zapatos, como pequeños botes, cargados de muñecos, confites, trenes, soldados y pelotas no pudieron reprimir un grito de alegría y de sorpresa, sobre todo la mayor que no se daba cuenta del instante en que entró papá Noel; quien debe haberse puesto zapatos de caucho, pues ni el mismo foxterrier, Duque, que dormía a sus plantas lo sintió.



De: «Actualidad Piurana».— 1926

A LA ADORACION
DE LOS REYES

por

FRANCISCO
DEL CASTILLO
ANDRACA
Y TAMAYO

JACARA

*V*aya de jácara, vaya,
mas los que me están oyendo
han de callar como en misa
porque canto el evangelio.
Refiere esta sacra historia
el doctísimo Mateo
y aunque sucedió en la tierra
él la supo por el cielo.
Cuenta que tres reyes magos
o sabios que esto es lo mismo
desde donde nace el sol
al sol que nace se fueron.
El caso fué que una estrella
les dió en aquel hemisferio
con retórica de luces
razón clara del sol nuevo.
No dudaron del aviso
que como lo estaban viendo,

si a sus ojos desmintieran
se acreditaran de ciegos.
Y hallándose deseosos
de ir a ver aquel portento
hubo un prodigio y fué que
para partirse se unieron.
Que a Jerusalén caminan
a ser dichosos es cierto,
porque su felicidad
van en su estrella siguiendo.
Entraron en la ciudad
y aunque de este Rey Supremo
la calidad no ignoraban,
inquieren el nacimiento.
Cuando esto lo entendió Herodes,
que reinaba en aquel tiempo,
turbóse, que aunque era grande,
mayor era el Rey pequeño.
Que con él se turbó toda
la ciudad, dice Mateo,
que el daño de la cabeza
lo es también de todo el cuerpo
Herodes por quietarse
consulta doctos hebreos
y como saben la Biblia
luego le dan con el texto.
Supo así que era Belén

*lugar de aquel nacimiento,
pero él disfrazó su envidia
con la máscara del celo.
Andad, le dice a los Reyes,
a reverenciarle y luego
dadme parte, porque sea
igual en el culto vuestro.
Salieron, en fin, de allí,
pero luego que salieron
con la vista de su estrella
se renovó su consuelo.
Llegaron hasta la casa,
mejor diré que hasta el cielo
y hallaron en un Jesús
cuanto buscaba el deseo.
Su amorosa Madre estaba
tributando al niño tierno
si, como humano, cariños
como a Divino, respetos.
Postráronse los Monarcas
a adorarle y bien hicieron,
porque este acto fué la base
de su mejorado imperio.
Luego abrieron sus tesoros
para ofrecerle, sabiendo
que es de los Reyes honor
ser de tanto Rey pecheros.*

*En oro, en incienso y mirra
tres le ofrecieron obsequios,
dones a quienes hacían
de más cuenta su misterio.
Que era Dios el niño y Rey
inmortal, por fe sabemos
y todo lo simbolizan
el oro, mirra e incienso.
Quedáronse aquella noche
los tres Reyes tan contentos
que arrojaron como extraña
la cortedad de extranjeros.
Que no volvieran a Herodes,
se les previno en su sueño
y así supieron dormidos
lo que ignoraban despiertos.
Luego, por otro camino
a su región se volvieron
y yo no seguí sus pasos
porque aquí paró Mateo.*



De: Obras de Fray Francisco del Castillo Andraca y Tamayo.—1948.

LOS
REYES MAGOS

por

ADAN
FELIPE
MEJIA
("El Corregidor")

Antes... los Reyes Magos representaban la abundancia.

Llegaban con sus alforjas rebozantes sobre sus jorobados dromedarios zaneones.

Y los niños los esperaban encantados:

¡Traían golosinas!...

Ricas cosas para yantar.

Frutas abillantadas del mucho azúcar que cuajábalas.

Otras, frescas, jugosas y fragantes, de encendidos colores.

Y otras, secas o conservadas en sus mieles...

Dátiles rubios, en sus cestines de palmera tostada bajo el sol calentón...

Uvas, pasas.

Orejones.

¡Huesillos... con su preciosa pepa sólida, puntuda, buena para dispararla a cualquier sitio, lo más lejos posible, después del chupeteo!

Nueces de quebradizos cascarones sonoros.

Avellanas, con capaceto de aserrín...

Almendras dulces.

¡Y esos cocos enanos y durísimos, que se parten con piedra callejera contra un ñoco del piso y que escapan al golpe, disparándose cómicamente íntegros en direcciones imprevistas..... a veces contra un ojo?...

¡Que casi siempre salen rancios!

¡Oh los graciosos cocos duros que antes sacaban ojos... y hoy cuestan ojos de las caras...!

¡Qué bien que se jugaba con los cocos en esos tiempos finos!

Y traían bizcochos, además, de los buenos..... ¡de yemas!

Y las últimas paltas.

Sandías y melones recientes.

Y mangos perfumistas, carnudos.

¡Y la bajada de los reyes era ocasión de regocijo y comilona familiar, con invitados y jolgorio!

Y los chicos gozaban de lo lindo: con anticipación...

La víspera, esperando las doce de la noche para ver a los reyes descender... se quedaban dormidos.

Y llegaban los reyes al humilde pesebre nazareto con sus ricos regalos, a las doce, y el festejo familiar comenzaba... mientras ellos dormían.

En cambio vivían lindos sueños que las personas grandes ni siquiera sospechan.

¡Contemplaban de cerca a los tres Reyes Magos!

El cholo, el negro y el blancon...

¡Y hurgaban sus alforjas, para saber qué clase de ofrendas conducían!

Y soñaban así:

Braman los vientos desatados.

Vuela la arena trashumante.

Sobre la gris sábana inmensa trazan las rachas sus caprichos...

Desierto incierto.

Páramo plomo.

Soledad... triste.

Dunas aisladas.

La caravana lenta, avanza bajo los oros de un sol recio.

En la extensión sedienta. Lejos. Allá... aparecen mecidos con pereza solitarios palmares.

Secas higueras infecundas se retuercen de sed extendiendo sus hojas enterradas...

Pasa la caravana.

Lenta.

Avanza día y noche... y el desierto se extiende eternamente:

¡Hasta juntarse al cielo!...

Sigue la caravana.

De pronto el gris destaca blancas máculas.

¡Son las torres hebreas de la ciudad sagrada!

Verdeguean las sendas.

Los oasis sucédense con sus frescas fragancias promisoras...

Cantan las claras fuentes, a menudo, sus alegres canciones de aguas vivas.

La caravana, hace alto.

Se apean, sitibundos, los Reyes Orientales entre un revuelo de albornoces... se inclinan dignamente y beben agua fresca de arroyo en las palmas de sus manos munificas, chorreándose las barbas y sonando gargüeros.

—¡Glo... glo... glo...!

Los camellos llevan secas las fauces: ¡beben también... y surten su joroba!

Luego, reanudan viaje siguiendo el derrotero del vigía lucero betlemita, que esplende en lo más alto como un fino diamante.

Corruzcan las estrellas en el cielo de felpa azul pastel.

¿Ya dijimos que había anochecido...?

Era una noche clara...

Y los chiquillos sueñan hasta el día siguiente.

Matinales, saltan del lecho "con los pies en el suelo" y dan su aguaita al "nacimiento".

¡Maravilla!

¡Ya los reyes están en el pesebre, que estalla de tanta concurrencia!...

Allí la Virgen y San José, y el Niño en lecho de gavillas doradas.

Allí la vaca y el pollino.

Allí Gaspar, Melchor y Baltasar, con sus alforjas, muy devotos... rindiendo acatamiento al Niño Dios, que sonríe...

Allí pastores y pastoras con sus perros y ovejas...

Ahora los chicuelos en camisa, miran la torta almibarada, que pondrán en la mesa sobre el albo mantel — en el centro preciso— y en la que está escondida la fortuna... ¡en un haba!

Y gruñirá la abuela.

—¡A su cama, muchachos... se van a constipar!
Zumban ligeros.

¡Y tornan a dormirse!

Abren los Magos sus cofres prodigiosos.

¿Qué guardan?

¡Sedas, pieles, diamantes, caras piedras preciosas, perlas en sartas como las granadillas...

¡Incienso, mirra o laca?...

¡No!...

¡Guardan cosas mejores!

Mirad bien.

Traen esto:

¡Manjarblanco de Tarma en sus cajas redondas de madera, y natillas de Piura!

¡Alfajores de Huaura, de Trujillo y Moquegua!

¡Tejas de Ica y limones rellenos!

¡Chancayanos de yemas!

¡Chocolates del Cuzco con almendras adentro!

¡Y mil cosas como esas!

¡Y los chicos dormidos, se relamen los dedos...!

Esto pasaba en tiempos idos...

Esta vez, han llegado los Reyes con sus alferjas vácuas...

¡Han venido a llenarlas!...

Nada han traído:

¡Que se manden cambiar...!

De: "La Prensa". —1947.

CANCION PUERIL
DE NOCHE BUENA

por

FRANCISCO
XANDOVAL

Madre y yo, en mi infancia,
solíamos ir
a Misa del Gallo
de San Agustín.

Madre, raso negro
o cachemir;
yo, zapatos nuevos
de chagrí.

—¡Madre, son las once,
tarde se va a hacer
¡Hermanas, a prisa,
son más de las diez!
¡Ya los Padres suben
al coro otra vez,
y los cascabeles
que oímos ayer,
címbalos, timbales,
suenan y enloquecen
matraca y rabel,

*de gozo otra vez
al niño moreno
nacido en Belén!*

*El templo está abierto.
¡Luz en el atril,
en el nacimiento
y en el recamarín!
La Virgen se ha puesto
corona de lis,
granate hopalanda
con manto de añil
y unos zapatitos
negros de satín.
¿Y no es cierto, madre,
que está linda así?*

*Más, ¿qué tienes, madre,
por Dios? Dime tú:
¡un instante apenas
que nació Jesús,
y estás que parece
que ya no eres tú,
que en tus ojos claros
no reina la luz
tal como si un frío
que circula aún
cruzase tu sangre*

llena de salud
y agítase suave—
mente, al tornaluz,
las grescas obscuras
de tu canesú!

¡Mira, madre mía!
En San Agustín,
cuando el Niño nace
a nos bendecir,
en las manos tiene,
como un gran rubí
de sangre, el futuro
de los niños y
todo lo que esconden
el orto y el fin,
cúpulas del sueño,
cenit y nadir,
de un vaho confín;
música en la noche,
rombos de la fiebre,
cristos de malfil,
flores del insomnio,
cera, sombra, gris;
¡y a ti, madre mía,
—tez de capulí
y ojos serenísimos—
muerta al sonreír!

Esta tercera edición de NAVIDAD,
del Instituto Peruano de Bibliografía
fué hecha en íntima colaboración
por Edmundo Cornejo U. con
Jorge Falcón.

Fué compuesta e impresa en la Im-
prenta «El Cóndor», terminándose
el 15 de agosto de 1955, Lima,
Perú.

